

Gijón bajo las bombas. Xixón so les bombes (1936 – 1937)

Héctor Blanco González, Gijón 2011

A partir del 20 de julio de 1936 la lluvia, el orbayu, el salitre y el hollín dejaron de ser los únicos elementos que caían sobre Gijón provenientes del cielo. Primero balas, luego piezas de artillería y después bombas de aviación hicieron acto de presencia sobre la ciudad, dejando huellas en sus edificios y calles y matando e hiriendo a sus habitantes. Una lluvia de guerra que pasó a formar parte de la vida cotidiana, dificultándola aún más si cabe.

Toda ella mortífera, su composición tuvo como característica peculiar el combinar el uso de armamento de todo tipo, desde materiales antiguos y defectuosos —que afortunadamente, por ello, no llegaban a estallar— hasta la tecnología punta del momento en esta materia y que era aportada por Alemania.

Junto con los daños directos que estos ataques causaban, y que incidían directamente en la pérdida de los hogares, de los bienes personales y de los lugares de trabajo, estaba el desgaste psicológico que ocasionaban. Debe tenerse en cuenta que los ataques del Almirante Cervera podían durar hasta cuatro y cinco horas seguidas y que incluso se realizaban de noche, mientras los avisos de alarma motivados por la aviación se producían siempre que ésta hiciese acto de presencia, tanto si los bombardeos llegaban a producirse como si no, y que también suponían horas de espera en los refugios.

Los ataques sobre Gijón durante el verano de 1936 contaron con la característica de realizarse de forma múltiple por tierra, mar y aire, quedando limitados a los bombardeos aéreos a partir de septiembre de ese mismo año.

El sitio en torno al cuartel de El Coto y al colegio de la Inmaculada, donde se ubicaba el regimiento Simancas, se tradujo en la apertura de un frente urbano de un kilómetro de longitud, siguiendo la línea que enlazaría El Bibio, a través de la avenida de Pablo Iglesias, con el inicio de la calle Manuel Llana, que tuvo fatales consecuencias para los barrios del sureste del casco urbano.

En esta amplia zona la lucha se mantiene durante un mes y en ella se suman los efectos del fuego cruzado entre sitiados y sitiadores, de la artillería republicana emplazada en tierra, de la correspondiente al Cervera, más las bombas arrojadas por aviones tanto sublevados como gubernamentales. Esto hará que toda esta zona sufra un nivel de destrucción casi total.

Desde los primeros días de la sublevación, la destrucción también se extiende al resto de la ciudad, ya que, tanto por mar como por aire, la estrategia de los nacionales pasa por atacar las posiciones en torno a los cuarteles y cañonear y bombardear reiteradamente ciertos puntos de la población: estaciones de ferrocarril, ayuntamiento, cuarteles de la calle Jovellanos, sede de la Casa del Pueblo y depósitos de Campsa. A estos ataques hay que sumar los daños derivados de los proyectiles lanzados desde los cuarteles cercados hacia Gijón, balas y obuses, que por la elevación de ambos edificios sobre el casco urbano suponían un grave peligro, al poder alcanzar amplias zonas del mismo.

Los primeros bombardeos generalizados sobre la ciudad se efectuarán desde el mar y serán protagonizados por el crucero Almirante Cervera. Si bien no llegó a materializarse el temor inicial a que desde el buque se realizase un desembarco en la playa de San Lorenzo, su artillería castigará continuamente Gijón entre el 29 de julio y el 9 de agosto, sumando un total de doce días casi ininterrumpidos, con cañoneos diurnos de varias horas seguidas, incluyendo también ataques nocturnos a partir del 4 de agosto. En la práctica, si bien esta táctica no conseguirá evitar la toma de las posiciones sublevadas, sumirá a la ciudad en el caos y conseguirá la paralización de la vida cotidiana, junto con la huida, como se ha comentado, de la población civil, que, en el caso de no disponer de alojamiento en la zona rural, salía y retornaba a lo largo de la jornada según el desarrollo de los combates.

La principal arma del Cervera eran ocho cañones de 152 mm de diámetro, con capacidad para disparar hasta cinco tipos de proyectiles diferentes de hasta 45 kg de peso. Este buque era uno de los más modernos con que contaba la Armada española al comenzar la guerra civil; llevaba sólo siete años en servicio, si bien quedó bajo control de los sublevados el 21 de julio, después de tres

días de dura resistencia en Ferrol, donde se encontraba en dique seco, tras los que la mayor parte de su tripulación resultó aniquilada.

Su misión principal durante el conflicto será el bloqueo del litoral republicano y el bombardeo de posiciones en tierra, y, tras los ataques sobre Gijón en el verano de 1936, tendrá de nuevo gran protagonismo durante la batalla del oriente de Asturias en septiembre del año siguiente, y posteriormente bloqueando El Musel hasta que se consuma la ocupación de Asturias. La prensa local siempre hará referencia despectivamente al Cervera como el «buque pirata» o el «chulo del Cantábrico», a la vez que denunciará reiteradamente los efectos de sus ataques sobre la población civil.

Además del Cervera, también realizó ataques puntuales sobre Gijón el acorazado España, en ese momento un buque ya antiguo, que había entrado en servicio en 1915 con el nombre Alfonso XIII, siendo destinado por los sublevados desde el 12 de agosto, como acompañante del destructor Velasco, al bloqueo de la costa norte republicana y a operaciones de apoyo en tierra. Realiza su principal ataque sobre el casco urbano el 15 de agosto de 1936, si bien su actividad termina medio año después, ya que se hunde frente a las costas cántabras en abril de 1937 tras chocar con una mina. Si se tiene en cuenta que en 1936 la aviación apenas contaba con tres décadas de historia, no resulta difícil suponer la fascinación que las aeronaves causaban en el primer tercio del siglo XX, constituyendo un icono de progreso y modernidad.

Gijón bajo las bombas. Xixón so les bombes (1936 – 1937)

Héctor Blanco González, Gijón 2011

El resultado que se consigue es una permanencia omnipresente del miedo, ya que el ataque puede ocurrir en cualquier momento y las bombas pueden caer en cualquier lugar. La vida cotidiana pasa a estar marcada por el sonido de las sirenas, la huida hacia los refugios, la espera a que termine el peligro..., para después aguardar a que la situación vuelva a comenzar.

No menos importante y terrible, también existe el riesgo del daño directo que eran capaces de causar los proyectiles, además de en los inmuebles e infraestructuras, sobre las personas. A este respecto, debe tenerse en cuenta que el peligro esencial, más que de sufrir el impacto directo de una bomba, era el de resultar herido tras su explosión debido a la proyección de un sinnúmero de materiales —desde metralla hasta todo tipo de cascotes— que actúan en la práctica como balas y cuchillas, pudiendo ocasionar un elevado número de muertos y heridos graves, generalmente por mutilación.

Tampoco faltaron casos en los que las operaciones de bombardeo incluyeron el ametrallamiento previo de la población¹³, dificultando o impidiendo en la práctica la huida hacia los refugios.

En conjunto, estas operaciones consiguen, además de la desmoralización tanto del ejército como de los civiles, dificultar las labores de apoyo al frente realizadas desde la retaguardia y a la vez obligan a emplear importantes recursos en la construcción de refugios, con la consiguiente merma de los disponibles para tareas de fortificación. A la par, suponen un importante deterioro de la calidad de vida urbana, tanto por los daños o destrucción de las viviendas como por la rotura de las redes de distribución de alumbrado, agua y gas.

El efecto final de esta estrategia puede apreciarse en el aspecto que presenta Gijón el 21 de octubre de 1937.

Gijón bajo las bombas. Xixón so les bombes (1936 – 1937)

Héctor Blanco González, Gijón 2011

La Legión Cóndor será omnipresente en las operaciones efectuadas sobre Asturias desde el verano de 1937, incluyendo las mismas el bombardeo reiterado de Gijón y especialmente el puerto de El Musel²⁹, así como otras villas del área central y oriental de la región.

A partir de la toma de Santander, el 24 de agosto, los ataques sobre Gijón van a producirse casi a diario durante los dos meses que transcurren hasta la ocupación de la ciudad, el 21 de octubre.

Se calcula que unos doscientos aviones alemanes utilizados como bombarderos, cazas y aparatos de reconocimiento participaron en esta tarea, en un momento, además, en el que los primeros modelos Junker y Heinkel puestos en servicio el año anterior van a ser sustituidos por otros tecnológicamente sin parangón en ese momento, como los cazas Messerschmitt 109, los Dornier Do-17 o los Heinkel He-111, utilizables en operaciones de bombardeo y reconocimiento, contando este último con capacidad para transportar hasta una tonelada de bombas por unidad³⁰.

No menor fue la diferencia relativa a los proyectiles utilizados al comienzo de la guerra respecto a los que van a emplearse tan sólo un año más tarde. Así, si las bombas lanzadas sobre Gijón en el verano de 1936 podían tener un peso de entre 10 y 70 kg, e incluso ser elementos más rudimentarios, como las granadas de mano y cartuchos de dinamita lanzados sobre los cuarteles sitiados, los proyectiles utilizados por la Legión Cóndor desde el verano de 1937 crecen en tamaño y en poder destructor, llegando a utilizarse piezas como la bomba SC 250, de 250 kg de peso.

La diferencia esencial es que si uno de los primeros proyectiles citados, caso también de los lanzados desde el Cervera, podía causar daños leves en un inmueble, los segundos eran capaces de destruir totalmente edificios de dos y tres plantas o hundir un buque como el Císcar.

Esta situación, tan evidente para la población civil al conocer de primera mano sus efectos, tuvo un fuerte efecto desmoralizador a partir del verano de 1937.